

Q-125(2)



COMO LA CIERVA HERIDA.

6623
211

Comisión Provincial de
Monumentos - CANADA
BIBLIOTECA

Sala

C

Estante

126

Número

2



R. 339

COMO LA CIERVA HERIDA.

A LA MEMORIA

DE LA

EXCELENTISIMA É ILLUSTRISIMA
SEÑORA

Doña Ana Herrera Dávila

DE CASTRO.



GAUTIER EDITOR.

GRANADA

1877



NO SE PERMITE LA REPRODUCCION NI LA VENTA
DE ESTE OPÚSCULO.

CADIZ: 1877.—Imp. de la *Revista Médica*, de D. Federico Joly y Velasco,
Ceballos (antes Bomba), número 1.

COMO LA CIERVA HERIDA.

I.

Se extendió sobre mi morada una nube de muerte y ví eclipsarse unos ojos, siempre de dulce belleza, aunque el sufrimiento hubiese anticipado la vejez de mi bien, mi amor y mi compañía.

Al contemplar cómo se iba acabando la luz de su purísima mirada y que presto me hallaría desposeido de la que era todo mi mayor consuelo, la que mi alma más que á sí misma amaba, me pareció que la secreta voz de mi corazón decía: "Recuerda lo que há treinta y tres años cantabas, en presencia de esos sus ojos adorados. Sí: son los mismos, aquellos que en tu vehemente cariño llamabas *Los ojos de cierva herida*. Herida estaba de amor entonces, de delicado y tierno amor: hoy está herida de la muerte. Belleza, juventud y vida, por ser encanto tuyo, hu-

yeron de ella y rápidamente. Esa era la felicidad que engaña y esta es la desdicha que enseña con el dolor que tú sientes.”

¡Oh! en aquel instante se ofreció á mi alma la imágen de una jóven de preciosa palidez, de hermosísimos ojos negros y de negros cabellos, de un mirar de arrebatadora dulzura, de voz atractiva y poderosa para el bien, de tranquila y sincera modestia, de alta discrecion, rosa con el rocío del cielo. Expresaba en su semblante una alegría serena, inmensa, vaga y suave. Cuando llegase ella á amar, su amor seria feliz, leal, sublime y santo. El áura que junto á ella se respiraba era el áura de la inocencia. Con su sencillez elocuente conseguia apoderarse de las almas: con su canto llegaba al corazon. No sabia uno qué admirar más, si la belleza de su espíritu ó la de su rostro. Y en su rostro y en su acento creia uno ver una parte de la luz y de la armonía de la divinidad. Y sin embargo, tal vez un pensamiento melancólico aparecia en su mirada, como si ella presintiese cuán fugitivo seria el abril de sus venturas.

¿Qué otra gloria podia tener yo sino cantar la suya? Con el recuerdo de los antiguos cancioneros que leia yo á los veinte años, escribí unos versos que decian al Amor:

No te encanten sus ojos,
 niño del alma,
 que *cual de herida cierva*
 es su mirada.

É insistiendo en este pensamiento, compuse otros versos, suspiros verdaderos de un alma, peregrina por el amor de aquella jóven, para que le dijese que él se los enviaba y que también su amor se guardase para mí.

Estos mensajeros de mi cariño así decían:

A DIANA.

LOS OJOS DE CIERVA HERIDA.

Oye, amante rui señor,
 que el viento sutil igualas:
 detén un poco tus alas;
 no tengas miedo al Amor.
 Vuela y dí de flor en flor
 que hieren ya corazones,
 no sus temidos arpones,
 sino del bien de mi vida
los ojos de cierva herida.

En un bello rosicler
 baña los campos y dora
 desde el Oriente la aurora

mensajera del placer.
 Las flores á agradecer
 empiezan á la mañana
 la luz que les rinde ufana
 y á los campos venturosós;
 pero rayos más hermosos
 me rinde el Amor tambien
 en los ojos de mi bien,
 que para bien de mi vida
 son *ojos de cierva herida*.

Perlas el alba gentil
 derrama en las blandas flores,
 cuyos pintados colores
 son gala y dicha de Abril.
 Risueña el áura sutil,
 del verde campo alegría,
 las perlas que el alba envía
 bebe en jazmines y rosas;
 pero perlas más preciosas
 me ofrece el Amor tambien
 en los ojos de mi bien,
 que para bien de mi vida
 son *ojos de cierva herida*.

Celos al campo darán
 y á las más pintadas flores
 mis venturosos amores
 que al mismo Amor celos dan;
 y de celos morirán

las aves, pompa del viento;
cesen ya vuestro contento
y vuestros cantos suaves,
ligeras y hermosas aves;
perdió el campo su beldad,
vosotras la libertad,
su aroma la flor temprana,
sus albores la mañana
y su curso el manso río;
que esclavos de mi albedrío
son del dueño de mi vida
los ojos de cierva herida.

—
Canta, dulce ruiseñor,
mis dichas de flor en flor,
no de las aves y flores
la envidia de mis amores.
Nada me importa su llanto,
sino mi gloria y encanto,
que son del bien de mi vida
los ojos de cierva herida.

Y yo entonces, libre pensador, no sabia que la cierva es el símbolo del alma abrasada en el amor divino. No habia leido en el profeta Rey que como el ciervo herido desea las fuentes de las aguas y se vá á ellas, así su alma ansiaba á Dios.

Escribí de aquella jóven amada la verdad sin

comprenderla: hablaba yo con las voces del amor humano; pero como me inspiraba en ella, algo del resplandor de la hermosura de su espíritu vino á reflejarse en mis versos y á esa luz invoqué á sus ojos y los llamé *de cierva herida*.

Mas ¡ay! ¿cuándo vine al conocimiento de esta verdad? ¿cuándo recibí esta enseñanza del cielo? En una noche breve para vivir y dilatada para penar: en la noche del dolor esperando la tristísima mañana.

¡Oh! vosotros los que esto habeis leído, si me preguntais quién fué ella desde su juventud hasta su prematura vejez y su agonía, solo debe responderos mi corazon diciéndoos con la voz de la verdad y el acento de la pena "vais á saber todo lo que perdí."

II.

Imposible me es trazar el retrato de su alma. ¿Cómo hacerlo en el imperfecto lenguaje humano y no en el digno de ella, en el que desea que yo pueda hablarle, desatados los lazos de mi mortalidad? Tan solo vereis á la dolorosa luz de mi sentimiento un lejano bosquejo de la grandeza de su virtud, hecho por la tímida mano de quien la conoció y se conoce.

Como hija, esposa y madre habia conseguido la ciencia del espíritu, la superior y la verdadera de las ciencias. Por eso estaban constantes en su alma pensamientos á donde no alcanzan ni jamás alcanzarán los míos: por eso en sus labios las más altas sentencias en amorosas y modestas palabras.

Convertidos tenia en naturaleza el dolor y el sufrimiento. Ni la desvanecian los bienes, ni la desesperaban los males: en los infortunios con valor, en los trabajos con paciencia.

Pensando en cómo remediar infelicidades ajenas, más de mil veces no daba sueño á sus ojos. Era para ella mayor dolor ver padecer que padecer, ver morir sin remedio que morir. Solo hallaba su satisfaccion en la caridad. Parecia un espíritu purísimo del cielo vestido de carne. Si socorria, acompañaba su auxilio con las más benévolas voces ó con los más afectuosos consuelos, no como los que con caridad soberbia dan néctar de vida en vaso de amargura con importunos consejos y alevosas reprehensiones. A la pena del que la invocaba en sus desdichas respondia con su pena y con el testimonio de sus lágrimas. Nunca podian llegar sus obras de caridad, por muchas que fuesen, adonde se adelantaban sus deseos. Los por ella favorecidos no

sabian qué agradecer más, si la voluntad ó el beneficio, si la compasion ó la limosna. Deleitábase en la verdad. Lo mismo la hallaban antes de la ofensa que ofendida. Indiferente le era el silencio ó la esquivez de la ingratitud, porque delante de ella no aparecia sino Dios. Tenia siempre en sus labios el agradecimiento y la alabanza.

En las venturas de los otros jamás recibió pesares su alma. Si intentaba llegar á herirla la vanidad, salia á recibir á esta la modestia y si venia á tocarle la ira, hallaba sus puertas cerradas.

Asemejábase al ángel que ni puede saber ni amar más de lo que sabe y ama, ni aborrecer lo que una vez amó.

Atesoraba las dos virtudes: la humildad profunda y la magnanimidad excelsa.

Respondia delicadamente como quien llega á tocar una llaga muy enconada y sentida á los que solicitaban sus consejos para enmendar errores. En su lengua estaba segura la honra de todos: sabia que Dios no juzga segun el juicio de los hombres.

Con el sentimiento de los limitados males del mundo, para ella los trabajos eran dichosos, las aflicciones felices y las lágrimas venturosas.

Liberal en las promesas, cierta en su cumplimiento, pródiga en sus beneficios, en todo demostraba la magestad de su alma con la sencillez propia de quien creía que su virtud no era otra cosa que una acción tan natural como el volar de la paloma.

Vivia más en su esposo y en su hija que en sí. No tenía más pensamientos que para alejarnos ó encubrirnos penas. Todos sus contentos ponía en darnoslos. Nunca las tristezas suyas sino las nuestras podían hacerla aparecer triste. Lo que más temía era perdernos. Si se apartaba de su hija, parecía que dejaba en ella su corazón; y si la besaba, que quería en el beso darle el alma y la felicidad más cumplida.

Sus pensamientos y sus deseos y sus ejercicios de virtud eran secretos entre Dios y ella, tal vez sorprendidos por el mundo. Y si en retirada capilla oraba al pié de los altares, el que inadvertidamente para ella contemplase en su rostro la admirable expresión de su religiosa ternura, no podía ménos de decir en lo más íntimo de su corazón: "Hé ahí la morada augusta de la virtud: hé ahí un alma identificada con la divinidad."

III.

Sí, el alma, porque ella era una viviente prueba de su espiritualidad en el siglo que más la contradice.

¡Oh! yo la veo indudablemente como quien llega al mar y se está en la orilla contemplando su grandeza; como aquel que en el firmamento solo distingue una selva de estrellas y de las estrellas únicamente la claridad.

Los que adoran en la materia no saben ni han podido aun de lejos inquirir cuál es la esencia de ella, y sin embargo, niegan la espiritualidad del alma, porque no pueden definir cuál es la esencia de este espíritu vivaz, eterno, vigilante, sublime y divino.

No quieren comprender que no hay que parar en nosotros mismos, y que debemos salir de nosotros mismos para ponernos en la altura digna de nuestro propio pensamiento.

Niéguese la existencia del aire porque no se deja percibir del sentido de la vista tal como es, sino en sus efectos. Podemos descubrir al aire ó al viento cuando entre las hojas de las flores se deleita, cuando impulsa á las nubes, cuan-

do demuele los árboles, cuando levanta á los cielos las olas del mar, cuando derriba muros y asuela las más erguidas y poderosas torres. ¿Cuál es su forma? cuál su figura? cuál su color? Ignorando todo esto nosotros, el aire existe como el alma espiritual existe igualmente; y la vemos, ya en los instantes de las grandes pasiones en que cada una pretende robarnos para sí, ya en las violentas penas en que parece que el alma se nos acaba, ya si creemos que se nos vá tras un objeto adorado, ya si este vive siempre y amorosamente en ella, ya si padecemos en el alma, ya si la contemplacion de un pensamiento lisonjero es un sueño dulce que el alma duerme, ya si acosados por el dolor en los mayores infortunios, querríamos huir hasta de nosotros mismos, huida que revela dos diferentes existencias que forman la existencia que tenemos, y dolor que demuestra la de dos distintos dolores: el del cuerpo y el del alma. Si no podemos mandar á nuestro cuerpo que no enferme, podemos mandar en las pasiones del alma nuestra.

Esta procediendo, no sujeta al organismo material sino en guerra con él, prueba que su independencia es efectiva por más que esté ligada á la materia accidentalmente, pero dentro de este accidente no subyugada á ella de un modo absoluto ó invencible.

Hay veces en que el alma quiere velar, y el cuerpo quiere dormir.

En cuerpo débil de mujer suele alentar un espíritu valeroso, de superior energía, no apropiado en circunstancia alguna al espíritu general de aquellos seres ni correspondiente á lo que indica su constitucion física. Porque nos parece entonces que en el alma no está ó no aparenta estar infundida la naturaleza de mujer, decimos que su espíritu es varonil.

Hay hombres por el extremo opuesto que dotados de un aspecto enérgico y de grandes fuerzas corporales, carecen del valor que comunmente se juzga vinculado en el alma del hombre. Son pusilánimes para todos los peligros y hasta para las más pequeñas contrariedades de la vida. El juicio verdadero de ellos es que tienen el alma de mujer.

Y no es porque haya sexualidad en las almas, sino porque cada una posee la independencia de su ser y sin relacion con las condiciones del cuerpo, donde temporalmente ha de morar, ora predominando en ellas la fuerza de la ciencia, ora la del poder, ora la del amor, ora alguna de las demás cualidades que se atribuyen á cada una de las supremas inteligencias del cielo.

Quando veíamos á la que era la vida de la vida mia seguir incansable en la caridad y todo bien, sin que pudiera rendir su espíritu aquel cuerpo vacilante, fatigoso y moribundo, que procuraba atraerlo á la tierra, cual si tratase de interponer los sufrimientos entre Dios y esta, ¿qué más admiraba en tal lucha? Que el cuerpo era esclavo obediente de su voluntad y que habia una virtud tan secreta como omnipotente para ello. Y es que el alma estaba jóven aún. Sí: el alma con alegría y el cuerpo macilento: el cuerpo deshecho con las dolencias y el alma valerosa: el cuerpo pobre de la virtud vital, el alma rica de las virtudes de su ser. La materia doliente la inclinaba al reposo ó á la inercia. El cuerpo con enfermedad incurable, dolorosa y letal, ¿cómo podia contra sí sobreponerse á sí? ¿Quién daba en él ley á la imposibilidad misma? ¿Qué más indicio y cuál tan elocuente de algo muy superior al cuerpo que lo trataba como á ageno, cuando parecia que nada faltaba á este para espirar?

En tanto el alma generosa de mi tierno amor se ostentaba más viva y más perfecta en las operaciones del entendimiento. Ni se envejecia ni se debilitaba, porque era independiente de los sentidos. Acercábanse estos á la muerte, pe-

ro su alma se parecia á la arrebolera que se cubre de flor con la venida de la noche.

¡Ah! en el aire que se despidе al postrimer suspiro, vá el alma que corre á otra vida. ¿Y por qué camino? El aire tiene sus veredas solo conocidas y experimentadas de las aves. Nadie ha visto ni podido señalar el vestigio que deja su pasada. A su semejanza el alma tiene tambien sus ocultas veredas para alejarse de nosotros.

Cuando hablamos de su inmortalidad y más con la reciente ausencia de un bien querido, los que no creen en ella opinarán que somos como los niños pequeños que cuando al trasponerse el sol y distinguir allá en el horizonte del mar una nave que parece que quiere penetrar en el cielo, levantan á mayor altura los ojos y se maravillan de los preciosos celages de diversos colores que allí toman la apariencia de erguidas montañas, acullá la de extensas llanuras divididas por anchos rios, y más allá aún la de espesísimos bosques ó de gargantas de riscos sombríos ó de mares, ó de ensenadas, ó de áridos desiertos. Instantes hay en que imaginan verdad los fantasmas de las caprichosas nubes, heridas del sol. Mas con este halago de los ojos, Dios por espacio de siglos ha estado diciendo

á la humanidad, sin que la humanidad lo comprendiera, que en los momentos del ocaso presentaba en sombras y resplandores una verdad. Esos montes, esos ríos, esos mares, esas selvas, esos desiertos y esas ciudades, son como reflejos de los que el sol empieza á alumbrar en otro mundo.

IV.

Todos en las tribulaciones de esta vida fugitiva y peligrosa buscamos una fuente de bien que mitigue ó ponga término á nuestras ansias; pero los más equivocamos tristemente el camino. Seguimos por una selva espesísima y montuosa sin fruto á que extender la mano. Nuestros días son días de oscuridad y de silencio que más parecen noches.

Peregrinamos por tierra en que no hay sendas ni guías. Su aspereza nos encubre el horizonte: su altura nos impide el paso, y hay por donde abrirlo, y vamos mirando el sitio y no lo conocemos, y entretanto sentimos el dolor de las más penetrantes heridas.

Las aves que con su canto alegran al pastor y recrean y acompañan al caminante, no se escuchan. No tienen sus nidos, sus moradas y su

descanso en tajados pedernales ni en peñas inaccesibles. Han desaparecido además presagiando las más desesperadas tormentas.

Se busca alivio al dolor y no se halla. Cada uno por entre los árboles de esa selva y de diverso modo huye de Dios al querer dirigirse á la fuente de la vida. Unos llevan consigo la soberbia confundiéndola con la noble dignidad del alma: otros la avaricia mal disimulada con la prevision cariñosa en favor de los hijos: aquellos la tenacidad reprehensible, creyendo que es la constancia: estos la vileza de espíritu imaginándola humildad: esotros la rectitud y el celo de la justicia y el triunfo de la honradez, cuando sólo vive en ellos el deseo del mal de todos.

Y no alcanzan el agua que tanto anhelan por más que con ligereza corran, venciendo montes y traspasando valles. Pero sí: la verán, desalentados y rendidos, en un arroyo de aguas muertas que corre en medio del valle profundo de la desesperacion y sin un gemido de arrepentimiento. Sentirán que tocan sus labios el agua y no podrán beberla. Levantarán los ojos los muy fuertes ya enflaquecidos y los muy animosos ya aterrados y en la extension del valle solo distinguirán los desnudos troncos de multitud de árboles semejantes á ejércitos; mas ¡ay de ellos!

ejércitos de los últimos y evidentes desengaños.

Otras veces inútilmente buscan y ni aun esas aguas encuentran. El rio ha decrecido y de tal suerte, que ni pequeñas lagunas ha dejado la sequía; y se pasa á pié enjuto, sin comprenderse que sus arenas sepultan á los que en sus ondas se anegaron con los profanos ídolos de la grandeza y del poder, ya reyes, ya príncipes, ya sabios, ya indoctos, ya beldades, ya guerreros. Y pasamos, sí, pasamos por ellos como si no hubiesen sido. ¿No hemos de olvidarnos de los hombres, si de sí mismos ellos mismos se olvidaron? Todos hemos recorrido y recorreremos esas soledades y podemos dar y damos lastimosas señas de ellas. Si vemos ¡ay! que rosas de encantadora hermosura, que arrebatan el sentido, nos convidan á percibir su fragancia, huid, huid; no las toqueis: son rosas que se han criado á la sombra de la muerte.

No así mi cierva herida. En las tribulaciones no inclinaba su oído á la tierra para sentir las pisadas del nuevo ó mayor mal que venia con pasos callados ó las del bien que de igual manera se acercaba sin estruendo, sin ruido y sin mover una hoja. Los hombres cuando de tal modo quieren escuchar, nada oyen.

Ella levantaba sus oídos, sus oídos del alma

al cielo y desde lejos percibía el peligro que la amenazaba con ira y muerte. En la inquietud de las hojas de los arbustos distantes veía las sombras de los enemigos.

Con el dolor de sus heridas y en sus ojos las lágrimas amargas, corría á acogerse al retirado lugar donde está la fuente amenísima, clara, inexhausta y de manantiales de vida: corría sin apartarse del seguro y contínuo camino, por tierra toda esmaltada de flores. Allí ramas de árboles llenas de frutos tocan en la tierra misma: allí en las otras ramas, enriquecidas tan solamente de hojas, las aves enredan sus nidos y gorgean y saltan.

Jamás equivocaba la senda: entre la de la astucia y la malicia que tantos y tantos confunden, seguía la de la prudencia: entre la de la arrogancia y la pusilanimidad tan contrarias, caminaba por la de la fortaleza: entre la del rencor ó la del desden, elegía la del olvido y el silencio, y entre la del orgullo y la del indiferentismo ó impavidez insensata, la de la heroica modestia.

Al divisar la fuente bienhechora de sus heridas, la saludaba con aquella alegría de espíritu, que nunca se humilla á la tristeza, cual de lejos se baña el fatigado viajero con la vista de la frescura de las aguas.

Si se acercaba más á ellas, el sol, que en las ondas se reflejaba, convertía las aguas en fuente de luz, de eterna luz; pero templada esa luz divina para que la pudiese percibir la vista humana.

Dios no quiere que en esas aguas vea el alma como en espejo toda la sublimidad de su belleza y las cubre de esa luz para evitar el peligro de que aquella se admire de sí. ¡Oh! entonces podría levantarse triunfante el orgullo y hacer que del alma desapareciese el más santo amor y todo amor, porque en la precision que de amar tiene ella, se entregaria al absoluto poder del amor propio para jamás salir de sus cadenas.

Tú que nunca supiste seguir los pasos de la esperanza del mundo, allí, junto á la descollada palma, al levantado ciprés y á los saludables cedros, que coronan esa fuente, refrescabas tus heridas bebiendo de sus aguas, que dejaban dulces tus labios para felices y numerosos dias.

Herida del dolor y de la amargura con que Dios te probaba, ibas de tu propia voluntad á arrojarte á los piés del que te habia herido ó dejado herir y le representabas tus desdichas, no para argüir con Él, sino en reconocimiento amoroso de que Él y no otro es el autor del consuelo.

Entonces si levantabas tus ojos veias al ángel del Señor tremolando la gloriosa diadema de espinas sobre el ribazo inmenso de los muertos.

V.

Cuando tú venias á mí y me hallabas oprimido de la tristeza, no eras tú quien se acercaba sino la alegría: cuando la enfermedad me vejaba, mi medicina venia contigo: cuando estaba herido del dolor en el alma, ver tu frente era para mí como ver un cielo sereno. Si el ánimo decaia un instante, en tí se aparecia la esperanza.

Llegó un dia en que cercano á la muerte, tus súplicas á Dios detuvieron mi espíritu en esta vida, mientras que el mundo solo comprendia tus amorosos y heróicos desvelos y tu afliccion por lo que más temias perder. De aquel dulce llanto, cayó una gota en mis entrañas. Dios favoreció cumplidamente tus deseos y á Él me hiciste volver los ojos.

Una tarde fria y lluviosa de Diciembre de 1868, en que habia treguas á una tempestad política en Cádiz, yo iba delante de tí con dos amigos por solitario sitio á buscar seguro albergue en un santo lugar de la misericordia y tú disfrazada y distante con nuestra tierna niña de la mano.

Un desdichado de los que con ceguedad empuñaban las armas, trató de disparar alevosamente la suya contra mí. Al influjo de tu alentado grito presuroso, con que le reprendias con santa indignacion su designio y nos avisabas del riesgo, bajó el arma y se retiró en confusion y silencio.

Dos veces te debo la vida del cuerpo y dos la de la esperanza de la vida del alma en la eternidad.

Tu inteligencia y sentimiento han sido siempre el alma del alma mia.

La tuya siempre en el campo florido de la belleza, no comprendia que sin ella pudiera existir la sublimidad del talento en las letras y las artes.

Por más aplausos que oyeses dar á algun artista de los que en nuestros dias han dado á conocer su ingenio, apartabas de sus obras la mirada y decias: "Esto es no saber pintar hermosa la naturaleza: esto es querer engrandecerse pintando la fealdad feamente para hacer gala de un talento pervertido, consiguiendo sorprender con los efectos, pero huyendo de la belleza, que es lo único en que el alma vé más fácilmente algo de lo divino en la tierra."

Si hubiera un hombre de tan superior talen-

to y con tan extraordinarios bienes de fortuna que pudiese formar y formase para recreo junto á una de sus quintas, en vez de bellísimos jardines, en donde atesorase todos los encantos más halagadores de la naturaleza, selvas enmarañadas y tortuosas, donde apenas la luz del sol penetrase y donde no hubiese más que escasas é incultas vias, zarzales y todo género de asperezas, barrancos y despeñaderos y pantanos, aves de tristísimo plumage y de cantos desaparecidos y todo artificialmente ordenado ¿qué diríamos? Nos maravilla la novedad del pensamiento y el poder de su inteligencia en la naturaleza para esta obra, pero ella ofende la delicadeza de los sentidos. Por algo se llamaron bellas á las artes. Cultivarlas de otro modo es ser infiel á su nombre.

”No sigas este camino. Considera á la belleza como la madre de la creación en el escritor ó en el artista, como la simpatía legítima y duradera en lo que se lee ó contempla, como la expresión, en fin, de la grandeza del alma que adora en ella el simulacro más digno de la divinidad.”

Así tu amor dejaba enriquecida mi alma. Por eso la memoria de tus consejos me lleva á tí á quien todo y solamente debo lo que soy.

Si alguna parte me ha alcanzado del bien que

sabias comunicar al espíritu, si mi nombre algun dia se inscribiese con respeto en la historia de la literatura patria, tu nombre debe acompañar y preferentemente al mio. Por tí existo: mi gusto, mi corazon literario, son obras tuyas.

Aun hoy mismo siento que es estimado en mí lo que no hay en realidad sino lo que de mí se piensa. No: el estimado no puedo ser yo sino que en mí lo es la inspiracion que tú supiste dar á la inteligencia mia.

Más dijera de tí: tengo las palabras en mi corazon y no me atrevo á pronunciarlas; y si alguno supiera cual yo atesorarlas en el alma, igualmente no se anticiparia á proferirlas. ¡Tanto es lo que el espíritu percibe y tan pocos los medios con que se considera para expresarlo aun en nuestra abundantísima lengua, aquel á quien sólo tristezas consuelan, pero tristezas que valen más que todo lo que el alma pudiera desear de contento!

Como está el mundo acostumbrado á ver cosas tan pequeñas con apariencias ó renombres de grandes, pequeñas les parecen las grandes, las grandes en su modestia. Tambien las que están lejos, muy lejos del corazon, se desestiman por pequeñas en el juicio de los que no saben distinguir la eternidad.

No es el cariño, no es la gratitud, no es el dolor lo que ha perfeccionado en mi mente á la que hoy es la compañera de mi memoria. Escribo, pues, las alabanzas que están en labios de todos los que la conocieron, como en aquella famosa ciudad de Grecia, donde el panegírico de sus héroes, que habia de oirse ante su cadáver, se pronunciaba por el más cercano de los suyos para que hablase con la elocuencia del mayor sentimiento y de la verdad más comprendida.

Eras tú, mi siempre amada, el emblema admirable de la matrona católica, no el de la mujer vana del siglo que creyéndose superior al marido quiere reducirlo y lo reduce á su pequeñez, tan artera como insensatamente celosa de su supremacía.

Tú, grande en tu espíritu sin saber que lo eras, solo tenias por constante deseo el engrandecimiento del alma de tu esposo. Tú querias que únicamente tuviese mi pluma por dueño á Dios, y yo conocia que así mis escritos te eran agradables.

La mujer católica al pasar el marido el turbio rio de la vida, que con ímpetu y raudal vá su camino, es la que le dá la mano en el peligroso puente formado de inciertas ramas para

que no se precipite. Al propio tiempo le dice: "Alza, dueño mio, del agua los ojos y ten fija la vista en la otra parte de la ribera."

Ved si con razon dedico al bien de mis bienes este canto de gratitud inmortal fecundo en lágrimas. Los poemas que se escriben no son de pensamientos sino de hazañas. Este es el primer canto de amor á los pensamientos.

VI.

Veámos llegar á tí la noche de la muerte, para otros tenebrosa, para tí clara y serena.

Habias pasado el mar venciendo los peligros durante el dia; la noche te encontrará en seguro puerto.

Dios habia determinado quitarte con el vigor sumo de una penosa y perseverante enfermedad el poderío para la práctica del bien, y tu alma anhelaba volar á pedirlo eternamente.

En medio de la tempestad, apareció el iris. Ese era el arco de triunfo que te presentaba el cielo para que por bajo de él emprendieses tu camino.

La muerte se dirigió á tí y tú saliste á su encuentro. Nadie te habia dicho aún que Dios

te alzaba el destierro que tenias en este mundo, y tú al rayar el alba de verano, el alba, la primera hermosura que en el cielo aparece, cuando deleita con su frescura, cuando los enfermos respiran y las aves cantan, exclamaste con persuasivo acento: "Mi hija duerme: aprovechémonos de su sueño. No quiero que sufra más la hija de mi alma. Venga Jesús Sacramentado al lecho mio y reciba yo despues la uncion extrema. Así tendré la seguridad de morir como deseo."

Y cuando al punto el sacerdote vino y comenzó á recitar las preces de la Iglesia, tú tiernamente digiste: "No, padre mio: bajad, bajad un poco la voz: la hija de mis entrañas duerme tranquila en la habitacion inmediata. Por Dios, que no despierte. Mi más grande dolor seria ver el que iba á sufrir ella en este instante."

Así estaba dividida su alma entre el amor de Dios y el cariño de su hija. Y nosotros sentíamos á su presencia como ella hubiera sentido, si nos hubiera visto expirar. Aun percibo en mis oidos y en mi alma la dulzura de su voz. Moria como si hubiese aprendido á morir.

En la tarde de ese mismo dia, nuestra hija que ignoraba lo que habia sucedido, se acercó al lecho á besar el rostro de su madre y esta

con el más regocijado y afectuoso acento que ha proferido labio alguno mortal, dijo estrechando contra su seno la cabeza de la prenda de su amor y regalando sus manos por sus delicados cabellos: "Ven, manojito de flores mio: contigo se embriaga mi corazon. ¡Oh! si yo te dí la vida, tú haces mejor la mia."

Con ese acento la habia saludado al nacer en la primera efusion de su cariño.

Tal fué su última y gloriosa despedida de la tierra.

Y cuando lloramos como se llora por la ausencia de lo que más queremos, como Jesús lloró por la muerte de Lázaro y como llora por la de todos los que cual Lázaro y mi bien eran sus amigos, una voz parecia tenuamente resonar diciéndonos: "¿No os acordais ya de mí, de aquel precioso niño de cuatro años, de su hijo que huyó de la vida terrena, de su primera esperanza y alegría como madre? Bastante tiempo habeis gozado la ventura de vivir con ella. Dejad, dejad que venga á ser igualmente gloria mia. ¿No veis que si seguís orando por ella, tan excelente, podreis conseguir detenerla cerca de vosotros y dilatarle la dicha que yo he tenido?"

Y en tanto ella espiró dulcemente queriéndose ir en pos de su alma el alma mia.

En la hora de esta aficcion, en la de tantos recuerdos, á la vista de sus mortales despojos, de la querida flor llevada á trasplantarse muy lejos, de la tierra en que nació ya desposeida de su hermosura, sucede una calma instantánea. Ilústrase nuestra inteligencia, los labios enmudecen: palpita más nuestro corazon. Es que los ángeles vuelan á presentar en fuentes de oro las lágrimas que esparció por el mundo en busca del consuelo de su Dios aquella cierva herida, mientras otros con guirnaldas de laurel acompañan al que trae para ceñir á los blancos cabellos de mi amada una diadema de nardos, flor que como sus virtudes no se deshoja, aunque se sienta tronchar y aunque caiga pálida sobre la tierra.

Sí: vedla: no hay duda: es el alma de su hijo con quien Dios le envia su bendicion; y se acerca al alma de su madre y la besa y en impetuoso vuelo la levá consigo sobre los páramos de la muerte.

¿Qué más gloria para una madre que un hijo suyo sea el que enaltezca sus obras y la presente á la Majestad amorosa del triunfador de los siglos?

VII.

Nuestras lágrimas son cual las aguas del Si-loe que corren en silencio. Un áura delicadísima llega á enjugarlas, áura que sin duda del paraíso viene.

De ella es la tierra ya de los que para siempre viven. Ha subido al Capitolio de la Jerusalem gloriosa, no como el vencedor para dejar su corona, sino para que entrelacen la suya con otra del oro más refulgente.

Caminando por el desierto de esta vida á nuestra patria, mi alma fatigada con el calor intolerable de los desengaños y de las contrariedades del mundo, desea el descanso y toma aliento orillas de un río de caudalosas corrientes para la eterna vida, y á sombras de un árbol de abundantes hojas en esperanza de deleitosos frutos. Allí medito adonde van las aguas. Sí: lo alcanzo á ver con los ojos de la inteligencia: van á bañar los muros de la ciudad de Dios. Creo distinguir cerca de ellos la imágen de una mujer vestida de blanco con un ángel que en ella se recrea: allí están cual si aguardasen á alguno, seguros de su inmortalidad pero cuidadosos de la mía. Desean verme y abrazarme ya salvo del

naufragio de la muerte. "Detente," parece decir ella al ángel, y mira si á aquella parte en donde respira aún el que tanto adoré, asoma la tempestad."

Yo entonces vuelvo los ojos á las cristalinas aguas que rápidas se mueven y tambien parece que van llevando tras sus corrientes el árbol y la imágen mia; pero engrandeciéndonos. ¡Ilusion de la impaciencia de mi amor y mi deseo!

Otras veces creo hallarme en un campo, donde no distingo senda que á poblado lleve, donde las plantas se han marchitado y los árboles se han amortecido. Toda la gala del verano se convirtió en hielos y sombra melancólica. A lo lejos y entre las nieblas juzgo que viene hácia mí con los brazos abiertos para abrazarme la imágen que más quiero: y al acercarme más y más, el desengaño me presenta un árbol de grandes ramas desnudas de hojas y cubierto de nieves. Si cansado por el dolor, reclino en una piedra mis sienes, soy como el pastor que duerme sobre la helada.

En otras ocasiones me considero navegando en medio de una tempestad y sin poder llegar á la tierra que diviso. Sobre una colina descubro el Santuario donde invocaba á María en mi ni-

ñez al par de una niña tan bella como su inocencia: allí igualmente la columna votiva sobre la que descuella la imágen de la Madre de Dios blanca cual la paloma.

Y como las olas y el huracan no me permiten acercarme, con los ojos, con el alma y con la voluntad abrazo el mármol y beso los piés de la estatua de María junto á cuyo pedestal dió el primer vuelo de amor á tí mi deseo.

Y tú entretanto, mi bien, secretamente me envías la respuesta de mis suspiros en palabras vivas, eficaces, dulcísimas y las mejores para mi alma, no para que yo las oiga, sino para que las sienta, para que con ellas me consuele, para que mi voluntad ejecute todo lo que aquellas expresan, y me es imposible significar, porque son voces para mí, para mí sólo en la tierra donde por tuyo me he quedado.

¡Que los bienes que me envías no se tornen al cielo con el sentimiento de que por ceguedad de mi espíritu los he perdido! Consígueme algo de tu paz y descansaré en tí: consígueme tu luz, y conoceré tu suspirada y amable sabiduría.

Quiero que tu alma esté unida á mi alma: yo quiero sentir en la mia no á instantes, sino siempre, palpitar la tuya.

Los lazos nupciales que rompió la muerte, renuévense para la inmortalidad. El ara será tu sepulcro, cubierto con las flores que el amor sembró en mi corazón.

No apartes de mí tus ojos, que yo los de mi alma procuraré no apartar de tí para llevar conmigo en esta vida una experta guía del cielo. No olvides á quien tanta necesidad tiene de un recuerdo tuyo. Así no quedará confundida mi esperanza. ¿No ves que estoy ausente y amo? Mira que consiste mi gloria en solo tenerte amor, y que tú no puedes haber perdido en el reino del amor más verdadero el amor de la esposa y de la madre, y como madre y como esposa, el pensamiento del mundo.

La memoria del bien me lleva á tí. Por eso se alegra el alma, cuando contemplo que la sombra de la vida vá por momentos declinando y se acerca más cada día el hermoso de la eternidad en que desean verse nuestras almas. Sí: una y otra se aman con el amor más santo, porque ese amor se encierra dentro del amor inmenso de Dios.

¡Oh! tu muerte no será muerte para nosotros, sino la nueva vida del cariño. De la beldad de tu alma se ha enamorado mi deseo. No sea inaccesible para mí.

Aliéntame para hacerme digno de ella, para que seguramente y con el divinal auxilio pueda quien suyo me llamaba decir siempre: "No ha dejado de ser mio."

Escucha á mi sentimiento más que á mis palabras, porque el sentimiento es la verdad de mi dolor. Llegue la hora que se ha señalado de plazo á mi tristeza. Tórnense las lágrimas al corazón y las palabras al pensamiento. No salgan estas más deshechas en suspiros. Venza gloriosamente mi deseo. Ven, ven y consuela para siempre á quien te busca: ven, ven y favorece á quien te llama: no te retires de quien vive sólo por tu memoria y espera por tí no conocer más el dolor. No tardes: mira que está impaciente mi cariño.

Veo que dirijes á mí tus pasos silenciosos. Vienes con tu antigua juventud y hermosura y ésta más acrecentada; pero siempre con aquella honestísima palidez y aquella tan dulce é invariable expresion en los ojos; blanco y celeste y oro el vestido, los negros cabellos adornados con perlas y con el velo de desposada: vienes trayendo en la diestra un ramo de flores muy unas en la belleza aunque de diversos matices: vienes, sí y sonriente como quien se halla en la posesion de la esperanza.

La alegría no nos dará lugar á que pronuncien lo que quieran nuestras almas decirse. Yo sentiré en la mia aquel acento de mi juventud al ver los ojos de mi bien:

Sí: para bien de mi vida
son *ojos de cierva herida*.

Y tu no dirás como en otro tiempo "Que mi hija no despierte" sino exclamarás "Nunca yo, puedo dejarla sola en la tierra. Despierta, hija de mi corazón, y toma estas flores. Si cual cierva herida tienes que correr á la fuente del consuelo, jamás equivoques el camino. No sigas ninguno en cuyo márgen no veas que crecen flores iguales á las que mi amor te envía."

Adolfo de Castro.

Cádiz: 7 de Octubre de 1877.

APUNTES BIOGRAFICOS.

El Editor de esta obrita considera que muchas personas de las que tanto estiman la santa memoria de la Excma. Sra. D.^a Ana Herrera Dávila de Castro, desearán tener recopilado lo que dijo unánimemente la prensa de Cádiz acerca de las virtudes de dicha señora, en los primeros momentos en que se tuvo la noticia de su pérdida.

Tambien le ha parecido conveniente agregarlo aquí, porque los que no hubieren conocido de cerca á tan distinguida señora, no crean que los elogios que se leen en *La cierva herida* son dictados por el amor conyugal, y por tanto, con la exageracion del afecto.

Este poemita de dolor, que en sentimiento juzgan muchas personas entendidas superior á las obras tituladas *Serena* y la *Ultima novela ejemplar de Cervántes*, que han sido tan aplaudidas por su filosofía y ternura, y que segun el sentir de aquellas y no el mio que soy muy poco para emitir estos juicios, es una prueba de que

no ha muerto el idioma en que escribieron los San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y Fr. Luis de Granada, debe salir acompañado de la expresion de igual sentimiento del pueblo de Cádiz, patria de esta señora.

Con efecto, nació en esta ciudad el 8 de Marzo de 1827, hija del Sr. D. Diego de Herrera Dávila y Alvear, veinticuatro de Jerez de la Frontera, y de la Sra. D.^a Ana María Perez y nieta del Jefe de escuadra D. Juan Herrera Dávila, que quedó manco de la mano izquierda en la gloriosa batalla de Trafalgar. Como descendiente de D.^a Catalina Ruiz de Ahumada, de los Ahumadas de Avila parientes de Santa Teresa de Jesús, percibió á su casamiento un dote del patronato que fundó en Cádiz la D.^a Catalina el año de 1728.

Casó en esta ciudad, la dicha Sra. D.^a Ana Herrera Dávila con D. Adolfo de Castro y Rossi, el 19 de Junio de 1845, bodas que celebró solemnemente el amor paternal, habiendo sido testigos el Excmo. Sr. D. Valentin Cañedo, mariscal de campo y comandante general de la plaza de Cádiz, el Excmo. Sr. Brigadier entonces D. Manuel Lasala, Jefe político y los Sres. Marqueses del Buen Suceso, del Castillo, de Ureña, del Pedroso, el Sr. Conde de Rio Molino, el Sr.

D. José M.^a Alvarez, coronel del regimiento de Aragon y otras personas distinguidas, habiendo dado la bendicion nupcial el Sr. Cura D. Diego José Escudero y Calderon de la Barca, pariente del ilustre poeta de este último apellido.

La belleza simpática de la desposada se cantó por varios escritores. Recuerdo que el acreditado y respetable poeta sevillano D. Francisco Rodriguez Zapata, escribió un soneto que decia:

¿Qué falta, caro Adolfo, á tu ventura,
 si en las virtudes que te alientan crece,
 y á tu amor respondiendo, amor te ofrece
la que elegiste célica hermosura? (1)

El primer fruto de este matrimonio fué un niño que recibió el mismo nombre que su padre y el cual nació el 14 de Mayo de 1846 y falleció en 12 de Junio de 1850, niño de gran hermosura y de inteligencia notable.

En el Cementerio público de esta ciudad existen sus restos con este epitafio, que ha estado inédito hasta ahora:

(1) El Excmo. Sr. D. Emilio Bravo, hablando del Sr. Castro con el aticismo que caracteriza su pluma, dijo en 1857: "Como D. Adolfo de Castro, aunque erudito y anticuario es hombre llano y sensible, pagó tambien el comun tributo á su edad enamrándose de una bella y distinguida señorita de Cádiz, con quien contrajo matrimonio en 1845. El cariño á las antigüedades tiene sus límites y el Sr. Castro buscó esposa entre las jóvenes más modernas de su tiempo."

Como el jazmin delicado
 fué tu preciosa existencia:
 viste el sol de la inocencia,
 no las sombras del pecado.

Varios poetas dedicaron sentidos versos á la muerte de este malogrado niño, distinguiéndose entre ellos una modesta é ingeniosa jóven, que ya ha muerto, llamada D.^a Rosa Butler, autora de un bello poema *Dios y la Creacion*, que fué muy celebrado por nuestro compatriocio el entendidísimo escritor D. Angel María de Dacarrete.

La poesía de D.^a Rosa Butler encierra pensamientos muy bellos, entre los cuales merecen recordarse en primer término los siguientes:

Escuchad ¡oh mis amados!
 escuchad para consuelo,
 los que me disteis el cielo,
 porque me disteis el ser.

Despues de Dios, á vosotros
 consagrada está mi vida,
 que del mundo mi partida
 no mi amor ha de romper.

—
 Escuchad: apenas libre
 de la tosca ligadura
 que la humana vestidura
 dá al espíritu inmortal;

Comencé á subir volando
 por la region de los vientos:
 trasasé los elementos;
 dejé el mundo terrenal.

Y á la par que iba subiendo
 por mi ser se difundia
 superior sabiduría,
 alta ciencia singular.

Comprendí cómo la nube
 de agua y rayos se enriquece,
 y por qué crece ó decrece
 apacible ó bravo el mar.

Comprendí cómo la tierra
 presta aromas y colores
 á las auras y las flores
 que embellecen el Abril;

Y por qué la vil oruga
 del sepulcro dó reposa
 se levanta mariposa
 á ser gala del pensil.

Comprendí cómo la luna
 bebe el oro ó vierte plata
 y se esconde ó se retrata
 de esa rueda en la extension.

Y los soles cómo giran
 sin chocarse por la esfera,
 alumbrando con su hoguera
 noche y dia la creacion.

Dejé atrás soles y soles
 y una luz más soberana
 que la luz de la mañana
 me anunció "no hay más allá."

Ví la puerta de diamante
 sobre sus goznes girando;
 ví los ángeles cantando
 "un ángel nuevo aquí está."

Penetré por los espacios
de la mansion de la vida;
y mi frente ya ceñida
de inmortalidad sentí.

Incienso, música, lumbre
rodeaban mi camino:
ví un relámpago divino
y ante el Eterno caí.....

—
Inarrable es la ventura,
de mi perpétua existencia,
que ante Dios vale inocencia
no talento ni saber.

Mas la dicha no me embarga,
y en el cielo el tierno niño
de sus padres el cariño
aun recuerda con placer.

—
Al quemar divino incienso
del Eterno ante la planta,
mi plegaria se levanta
á impetrarle sumo bien.

Y á la vírgen más hermosa
de las vírgenes, María,
yo le digo "Madre mia,
por mi madre ora tambien."

—
Oh! mis padres! si otro hijo
Dios clemente os concediera,
yo á sus plantas le pidiera
ser su ángel tutelar;

Y hasta el mundo descendiendo,
al nacer mi dulce hermano,
lo tomara por la mano
sin dejarlo tropezar.

Así aquella poetisa sencilla y de un corazón excelente cantó en la muerte del tierno niño.

La Sra. de Castro en 1854, cuando su esposo ejercía en Sevilla el cargo de Gobernador interino por hallarse enfermo del cólera morbo asiático el Gobernador propietario, época en que las víctimas diarias se acercaban á ciento, abandonó sola á Cádiz y pasó al lado de su marido para dividir con él el peligro y estar á su cuidado, dándole esta prueba de su gran amor.

Dos hijos más tuvo que se malograron al nacer. Sólo hoy vive su hija Serena, delicada y bella jóven, llena de dignidad y talento y que tiene el nombre de la heroína de un libro del Sr. Castro.

Su esposa perteneció á la Junta de Damas de Cádiz por algunos años; pero se retiró de ella, entre otras causas, por no estar conforme con que lo que por donativos y rifas públicas se adquiría para mejorar las condiciones de la Cuna de esta ciudad, se invirtiese en amplificarla y en dar más hermosura al ornato del edificio. Creía, visto la gran mortalidad que hay de niños anualmente, que se debía destinar una parte considerable á dotarla de mayor número de amas para que estuviesen mejor alimentados y preservar su existencia. Antes que el lujo y grandiosidad

del edificio estaba en su sentir la obra de la caridad bien entendida.

No trato de escribir una extensa biografía de la Sra. de Castro, á quien tuve la honra de conocer desde muy jóven, sino sólo de indicar algunos de los actos de su vida que denotan la rectitud de su criterio y su hermoso corazon. Carezco de condiciones literarias para un trabajo de esta especie, y sinceramente lo confieso.

Sus padecimientos, que eran antiguos, se aumentaron en el presente año, y amalgamándose en un brevísimo período, dió ella su alma al Señor en la tarde del Domingo 8 de Julio de este año.

Los parientes y amigos que la cercaban rogaron á su confesor el dia antes de su muerte que la encomendase á Dios, y él les dijo: "hagámoslo porque debemos hacerlo y porque Vds. se empeñan, pero lo creo inútil porque su alma se vá derecha al cielo.

"Hemos perdido una persona querida, dijo, cuando ella espiró, uno de sus cercanos parientes; pero la familia ha ganado en tener una Santa."

La prensa de Cádiz sin distincion de partidos ha dedicado á la Sra. de Castro los homenajes del respeto más profundo.

La Palma del Lunes 9 decia entre otras cosas: "Todo Cádiz conoce las bellísimas cualidades de que ha dado evidentes y repetidos testimonios la Excm. é Ilma. Sra. D.^a Ana Herrera Dávila de Castro: pues bien, esta ilustre dama, ilustre por su cuna y por sus virtudes, ha dejado de existir en la tarde de ayer... modelo de esposas y de madres de familia por su fidelidad y sus prendas de carácter.

El Señor, así lo esperamos, habrá otorgado al alma de la finada el único premio que merece, despues de practicar la virtud en su peregrinacion por el mundo con una perfeccion y santidad de que hay pocos ejemplos."

La *Opinion de Cádiz* del mismo dia encomiaba "las bellas cualidades y virtudes de que se hallaba adornada."

El *Diario de Cádiz* decia: "Muy conocidas y apreciadas eran en esta ciudad las virtudes de tan distinguida señora."

La Palma del 17 hablando del entierro decia: "Precedia al cortejo la cruz alzada de la Hermandad de la Santa Caridad, el clero parroquial y el coche fúnebre dentro del cual iba depositado el cadáver. Cuantas personas lo han acompañado sentian como nosotros el dolor que les ha producido la pérdida de la virtuosísima Sra.

de Castro, que consagrando su vida entera como ya decíamos, á la práctica de todo acto meritorio y de buenas obras, ha sabido morir con santa y cristiana resignacion."

El Comercio del 10 la calificó "de una señora de ejemplares virtudes á quien todo el que tenia el honor de tratar rendia el tributo de su estimacion y de su respeto."

El Defensor de Cádiz de igual dia la consideraba como una señora de "cuyas extraordinarias virtudes le aseguran un puesto privilegiado en la mansion de los justos;" y hablando de la gran concurrencia que asistió al entierro añade: "No es posible un testimonio más elocuente de respeto y veneracion á la memoria de la virtuosa finada y de aprecio y simpatías á su apreciable familia que la que en el acto del sepelio dieron ayer todas las clases sociales de Cádiz."

La Correspondencia de Cádiz elogió asimismo las virtudes de esta señora é igualmente *La Prensa Gaditana*, la Revista literaria *Cádiz*, *La Correspondencia de España*, el *Diario de la Marina* de la Habana y otros periódicos.

El Sr. Secretario del Gobierno militar D. Santiago Hidalgo se asoció al dolor de esta familia dirigiendo un afectuoso soneto al Sr. Castro, soneto que empieza así:

¿Conque la Parca despiadada y fiera
sin respetar ni tu dolor ni llanto
tronchó la flor de tu primer encanto,
tu siempre amable y dulce compañera?

El Excmo. Ayuntamiento de Cádiz en sesion de 9 de Julio, á propuesta del Sr. Teniente de Alcalde D. Nicolás Fernandez de Cuarteroni, considerando á esta señora "modelo de virtud y caridad cristiana" y en atencion además á servicios importantes hechos en la ciudad por su familia, acordó unánimemente conceder á sus restos un nicho gratis en propiedad perpétua, todo lo que resulta del siguiente oficio tan honroso para la memoria de la finada.

ALCALDÍA CONSTITUCIONAL DE CÁDIZ.—*Excmo. Señor:* Teniendo en consideracion el Excmo. Ayuntamiento las excelentes cualidades que adornaron en vida á la señora esposa de V. E. y los distinguidos servicios prestados á la localidad por la familia de la finada, acordó en sesion de 10 del que rige que en homenaje de aprecio á su memoria se conceda gratis el nicho en que reposan sus restos. Lo que por acuerdo del Municipio participo á V. E. para su conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años.
—Cádiz 16 de Julio de 1877.—*JOSÉ DE LA VIESCA.*
—*Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro.*

Aparte del funeral verificado en la parroquia de Santa Cruz, el Sr. Cura Castrense D. José M.^a Picó, capellan de honor y predicador de

S. M., celebró unas solemnes honras en su templo á que asistió numerosísimo y escogido concurso de señoras y caballeros, presidiendo el acto el Excmo. Sr. Gobernador Militar D. José M.^a Velasco, el Excmo. Sr. Vice-Almirante D. Juan de Dios Ramos Izquierdo, y el Excmo. Sr. Brigadier D. Carlos Detenre, honras verificadas por el respeto del Sr. Picó á las virtudes de aquella ilustre señora y el afecto á su esposo por los servicios prestados á las letras y á la Iglesia con sus escritos.

Yacen los mortales restos por ahora en el Cementerio Católico de esta ciudad con este sencillo cuanto elocuente epitafio, en que se consignan al par de los títulos honoríficos de la tierra los superiores de sus virtudes:

R. I. P. A.

LA EXCMA. É ILMA. SEÑORA

DOÑA ANA HERRERA DÁVILA DE CASTRO,

TAN ESCLARECIDA

POR SUS VIRTUDES CRISTIANAS.

Después de estas palabras, está demás cuanto pudiera decir el afecto.

Eduardo Gautier y Arriaza.